

espacioso, frecuentemente rodeado de algún claustro de columnas, y con puerta a la calle. El otro discípulo, cuando advirtió que su compañero Pedro se le había separado y quedaba fuera, salió de nuevo, se acercó a la portera y le rogó que permitiese la entrada a Pedro, como efectivamente lo hizo.

Naturalmente en aquella noche en que todos debían estar con ojo avizor para evitar cualquier asechanza o enredo, la portera fijábase en todo. Y, si no dijo nada cuando el otro discípulo intercedió en favor de Pedro, no por eso dejó de fijarse en éste, y seguirle todos sus movimientos.

Entró el apóstol y vió en el atrio a los criados y los ministros que sentados alrededor de un brasero se calentaban del frío, que era bastante, por ser de noche y todavía el mes de Abril, y estar en un patio descubierta, en Palestina donde baja bastante la temperatura pasado el día. Pedro por no quedarse solo fuese a sentarse con ellos para esperar a ver en qué paraba todo aquello.

No pudo contener la portera las ganas que tenía de averiguar si eran ciertas sus conjeturas de que aquel desconocido era un discípulo de Jesús, y cuando ya el otro discípulo se había ido, se le acercó y delante de todos le dijo:

«—Acaso también tú eres de los discípulos de ese hombre?»

La manera de preguntar, diciendo «también tú...» parece dar a entender que la portera sabía que el otro que lo había traído era discípulo de Jesús, y por eso decía «tú también...»

Sobrecogióse Pedro ante tan inesperada pregunta que tan pronto le dirigían y en tanto compromiso le ponía, y respondió al punto resuelta y sacudidamente:

«—No soy».

Clavó en él la criada su mirada y como afirmándose en sus sospechas le dijo:

«—También tú andabas con Jesús Nazareno».

»Mas Pedro le negó delante de todos, diciendo:—Mujer, no conozco a ese, ni sé ni entiendo lo que dices.

»Y salió fuera al anteatrío y cantó el gallo.

Pedro había ya negado al Señor por primera vez. ¡Oh! si advertido a tiempo hubiera huído de la ocasión. Pero su

corazón magnánimo no le permitía separarse de su Maestro, y quería ver el fin de todo aquello, y acaso anhelaba ser encarcelado y muerto con su Maestro, aunque cuando llegaba la ocasión desmayase el valor y la constancia.

#### 261. JESÚS ANTE CAIFÁS

(Mc. 14, 55-64; Mt. 26, 59-66)

La visita de Anás no había tenido más objeto que el de satisfacer el capricho de aquel verdadero amo de Judea. Pero era preciso comenzar el proceso en forma.

Llevaron, pues, al reo ante Caifás. Según todas las probabilidades éste o habitaba en la misma casa de su suegro aunque en un departamento distinto de ella, o vivía en otra casa contigua y unida con ella, como solían estar muchas en Jerusalén. Caifás estaba ya esperando a Jesús en su puesto.

Quién fué Caifás? Algo dijimos de él al comenzar esta vida, pero es conveniente conocerle un poco mejor.

José Caifás, yerno de Anás, obtuvo el sumo Pontificado a los dos años de haber sido depuesto su suegro, y lo retuvo durante 18 años hasta el 36 en que fué depuesto por Vitelio, sucesor de Pilatos. Imposible que en un tiempo en que los Sumos Pontífices eran a cada paso remudados por los romanos, se hubiese sostenido tanto Caifás, si no es a fuerza de serviles abyecciones, y malas habilidades suyas y de su suegro, que encontraba en él un instrumento apto para sus manejos. En efecto, muchas veces dejó desamparados e indefensos los derechos y tradiciones de su pueblo, ante los atropellos romanos. Su política estaba bien caracterizada en aquellas palabras que dijo acerca de Jesús: Conviene que muera un hombre para que no perezca toda la nación. Conviene que no demos motivo a los romanos de esclavizarnos más y aun de destruir nuestra raza, aunque para ello tengamos que faltar a toda justicia destruyendo a un hombre, al Nazareno.

El por sí, y más aún a instigación de su suegro fué quien llevó adelante la persecución contra Jesús, y en aquel memorable consejo, cuando después de la resurrección de Lázaro se trató de lo que habría de hacerse con Jesús, tras

varias deliberaciones, que debieron ser muy movidas, como ya explicamos, él fué quien arrogante, violento, contando con la aquiescencia servil de la mayoría, se levantó y dijo con todo desdén y descaro: «Vosotros no sabéis nada, no reflexionáis que debe morir un hombre por el pueblo, y que no debe perecer toda la nación».

En su casa también se tuvo el «mal consejo» de apresar a Jesús aunque no en día de Pascua; en ella se presentó enseguida Judas y contrató con Caifás la venta del Nazareno. En fin, Caifás fué quien oficialmente dirigió todas las maniobras contra Jesús, aunque sin duda consultando en todo y plegándose en todo a su suegro con quien estaba identificado.

Como todo lo de la prisión de Jesús se había dispuesto y llevado a cabo con mucha precipitación y no se podían tener todas las cosas bien amañadas en tanta premura (especialmente, si como estaba ya previamente decidido y prejuzgado, había de acabar todo con la muerte del Nazareno en el día siguiente antes del sábado) había dispuesto Caifás que en cuanto se trajese al reo se tuviese una especie de procesillo o juicio preliminar, en el que se preparase todo para la mañana siguiente, a fin de acabarlo todo cuanto antes, para evitar cualquier trastorno en un asunto tan inseguro.

Estaban, pues, ya reunidos en tribunal y aguardando al preso, Caifás con todos los sacerdotes, escribas y ancianos. Con *todos*, dice San Mateo, pero debe entenderse con todos moralmente. Por de pronto Anás debió quedarse en su casa; faltarían también algunos otros entre los que no fuesen partidarios de Caifás, que no lo eran todos, como consta expresamente de José de Arimatea. Pero había bastantes para que se pudiese decir que estaba presente todo el Sanedrín.

Apenas traído y presentado el reo, los Sumos Sacerdotes y el Consejo entero diéronse a buscar falsos testimonios contra Jesús. Mas no los hallaban. Algo acaso les había perjudicado el haberles venido el preso tan a prisa y antes de que hubiesen podido muñir bien las calumnias.

Sin embargo, no fueron pocos los falsos testigos que dijeron cosas contra el Nazareno. Sino que las cosas que de-

lababan no eran suficientes para lo que se deseaba, que era darle la muerte. «Muchos, dice el Evangelio, decían testimonio falso contra él, mas estos testimonios no eran suficientes».

Pasaba en balde un tiempo precioso, y no adelantaba nada la causa. Al cabo de otros muchos presentáronse dos que parecía iban a decir algo decisivo:

«—Pues nosotros, dijeron, hemos oído a éste decir: Yo destruiré este templo hecho a mano, y al cabo de tres días reedificaré otro no hecho a mano».

No era así; Jesús no había dicho, yo destruiré; sino, destruid vosotros, y yo reedificaré. Además con señas o de otro modo dió a entender que se refería no al templo material, sino a su divino cuerpo, aludiendo a su muerte y a su resurrección. Pero fuera de esto, y sin esto, tampoco pareció este testimonio suficiente, para deducir de él nada digno de muerte. Porque ni siquiera probaba que el Nazareno quisiese la destrucción del templo; pues, aun dado caso que él lo hubiera destruido, era para reedificarlo pronto, al cabo de tres días. También Herodes destruyó gran parte del templo para reedificarlo mucho mejor después. Y no por eso mereció muerte, sino alabanza.

Jesús callaba a cuanto de él se decía, sin dar ninguna muestra de sus sentimientos.

La sesión se dilataba, la causa se desvanecía, la inquietud se aumentaba, y la paciencia sobre todo del impetuoso e inicuo presidente se agotaba. Caifás sin poderse contener ya, sin saber tampoco por dónde echar en medio de aquella balumba de contradicciones, calumnias y nonadas, perdiendo su serenidad, saliendo fuera de sí, y levantándose de su asiento adelantóse hacia Jesús al medio de la sala y le dijo:

«—No respondes nada a estas cosas, que éstos te echan en cara?»

»Mas él callaba y nada respondía».

Y en verdad que debía ser espectáculo sublime ver a aquel reo insigne, que tanta sabiduría había derramado otras veces, que con tanta destreza había confundido y dejado sin palabra a aquellos mismos que entonces le tenían preso para darle muerte, y que a pesar de tantos testigos

como hablaban contra él, echándole en cara cuánto podían aumentado y exagerado hasta no poder más, puesto en medio de la sala, callaba durante todo el proceso, sin dar señal ninguna ni de asentimiento, ni de disentimiento, ni de temor, ni de desprecio, ni en fin, de pasión ninguna, esperando tranquilo y seguro su suerte. Aunque no tuviesen tantos motivos para saber que era Dios, y Mesías, solo por verlo como estaba, tenían que reconocer en él una inmensa superioridad sobre sus miserables y mezquinas pasiones.

Cuando preguntó con tanta insolencia el Pontífice a ver si no tenía que responder algo, prosiguió Jesús sin moverse en el mismo silencio.

Entonces Caifás, tomando la entonación augusta de Sumo Sacerdote y usando de su autoridad de juez y de la fórmula con que pedían juramento de alguna confesión, le dijo:

«—Por Dios vivo te conjuro que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios (¡que sea bendito!)»

Tremendo momento, en que un hombrecillo con tanta arrogancia, como si él fuese el personaje más venerando de la tierra, y en nombre de Dios tomaba cuentas al mismo Hijo de Dios, de si era o no el Mesías y el Hijo de Dios!

Sin levantar la voz ni manifestar ninguna arrogancia, con sublime sencillez y verdad respondió Jesús:

«Yo soy. Tú lo has dicho».

La respuesta no podía ser más categórica.

Mas para que no por estar allí entonces abatido y preso, ni por haber de estar aún más humillado y derrotado en todo aquel día, creyesen que su afirmación era falsa, les advirtió y les dijo:

«—Pero yo os digo que dentro de poco habéis de ver al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.

»Entonces el Príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras diciendo:

»—Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ahora mismo habéis escuchado la blasfemia. ¿Qué os parece?

»Y respondieron todos, diciendo:

»—Reo es de muerte!»

La pasión de venganza a unos, y el servilismo y adulación a otros impidieron darse cuenta de la tremenda amenaza que con tan graves palabras les había hecho el Señor de que le verían en breve, no humillado como le estaban viendo entonces, sino lleno de gloria, sentado a la derecha de la virtud de Dios, es decir, revestido con igual potestad que el Padre, venir a juzgarlos y exigirles razón de su proceder presente. Y si se dieron cuenta del alcance de aquella amenaza, no la creyeron o no quisieron proceder como convenía para prepararse a aquel día. Pero el Maestro bien claro se lo dijo: pronto me veréis revestido de majestad.

Pronto fué en la resurrección, pronto fué en la venida a destruir a Jerusalén, y pronto es también cuando en nube celeste ha de venir a juzgar a todos, y entre todos a los deicidas. ¡Infelices entonces de los que pronunciaron sentencia de muerte contra el Autor de la vida, si no se han reconciliado con él!

El Príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras. Señal era esta de sumo dolor usada, no solo entre los orientales, sino aun entre los griegos y los romanos. Cuando el judío escuchaba una blasfemia, rasgaba desde el cuello hasta el pecho, excepto el interior, todos sus vestidos, aunque fuesen diez, significando con esta exterior demostración y ceremonia el íntimo dolor del corazón interior. El sumo sacerdote Caifás rasgó sus vestidos como si Dios, al decir que era Dios, hubiese pronunciado la más execrable blasfemia. No era la blasfemia la que a él le daba dolor, sino más bien el que Jesús viviera y prevaleciera. Eso le tenía más desgarrado el corazón de rencores que las ropas de girones.

Probabilísimo es que los demás jueces rasgaron también sus vestidos como el Sumo Sacerdote. Así resultaba más dramática toda aquella farsa de juicio en que se estaban violando todas las formalidades prescritas y usadas en los juicios de los judíos.

En efecto, según autores bien enterados no se podía juzgar ni los sábados y días festivos, ni en sus vísperas, ni durante la noche, ni antes del sacrificio matutino, como lo estaban haciendo. Lo menos se necesitaba dos testigos de cada cosa, y estos debían ser preguntados aparte, bajo ju-

ramento, y examinados con atención. Nadie podía ser condenado por la sola confesión propia. Todo proceso de muerte debía durar más de un día, y en él los jueces debían examinar de dos en dos la causa y dar de uno en uno la sentencia, que recogían dos escribas, designados uno para los votos favorables y otro para los adversos. Ninguna sentencia de muerte podía valer si se pronunciaba fuera del Gazit o sala del Sanedrín destinado a estos juicios, y sin asistencia de todos los miembros.

Mas ¿cómo se iba a pedir formalidades de expediente a los que no guardaban ni querían guardar la misma ley natural, sino que venían resueltos a decretar la muerte, fuese el que fuese el resultado de las averiguaciones?

#### 262. LA NOCHE TRISTE

(L. 22, 63-65; Mc. 14, 65; Mt. 26, 67, 68)

Apenas Jesús había dicho que él era el Mesías y el Hijo de Dios, y los sacerdotes pronunciado la sentencia de muerte, levantáronse algunos de ellos, los que más rencor sentían sin duda, los que acaso habían sido más humillados en las disputas con el sabio Maestro, los que más servilmente se rebajaban a la familia de Anás, y comenzaron a escupirle, ultraje usado entre los judíos, y a cubrirle el rostro, y a darle bofetadas y a decirle: «¡Cristo! Mesías! adivínanos! quién te ha dado este golpe?»

Mas después que los sacerdotes y escribas le maltrataron retiróse Caifás y los otros a descansar y prepararse para el día siguiente y dejaron al reo en manos de sus ministros y criados, los cuales tomándolo consigo se lo llevaron del tribunal a custodiarle hasta el día siguiente.

Allí los criados y ministros hicieron lo que habían visto hacer a sus amos. Teniendo que pasar la noche en vela, picados del humor de pícaros y malandrines que suelen tener los de su clase, deseosos también ellos de vengarse de las reprensiones que el Nazareno había pronunciado contra sus amos, sin tener compasión a la desgracia del que ya estaba condenado a muerte por sus Señores, determinaron pasar lo que hasta la madrugada faltaba de noche a costa del Nazareno.

Y lo mismo que sus amos lo habían hecho, «le burlaban, le pegaban, le velaron los ojos, le golpeaban las mejillas, y le preguntaban diciendo: A ver si adivinas quién es el que te ha dado este golpe?»

«Y como estas cosas le decían otras muchas blasfemando».

Noche verdaderamente triste, noche afrentosa para Jesús, pero sin comparación más afrentosa para aquellos indignos sacerdotes y sus ministros. Noche de altísimos ejemplos para todos los que tenemos que sufrir, que de seguro nunca hemos de sufrir tanto como sufrió Jesús en ella.

Al pasar de la sala del juicio a la sala de prisión, en que había de estar lo restante de la noche, volvió Jesús, según parece, a atravesar el patio donde estaban los soldados de la guardia. Todos se levantaron afanosos y curiosos a mirarle. Entre las cabezas que asomaban para verle pasar, fijó el Maestro su mirada en una que le miraba con más avidez. En la de Pedro, que acababa de negarle por tercera vez... ¿Qué pasó por el discípulo infeliz? bajó su vista confundido. Oyó que el gallo cantaba. Y salió a llorar...

¿Cómo habían sucedido sus negaciones? De esta manera.

#### 263. SEGUNDA NEGACIÓN DE PEDRO

(J. 18, 25; L. 22, 58; Mc. 14, 69, 70; Mt. 26, 71, 72)

Mientras Jesús era juzgado dentro, Pedro, después de la primera negación había salido, como dijimos a la antepuerta, al portal, que estaba entre el patio y la calle, y sin duda se estuvo allí algún rato algo separado de la turba. No dejaría la portera primera de seguirle la pista y espíarle, ni de llevar el chisme y sospecha a las demás criadas, las cuales con curiosidad y desenvoltura propia de ellas, se fijarían en Pedro.

Lo cierto es que otra, que vendría a traer algún recado o menester a los soldados, o que por una u otra causa pasó por allí, señalando al que estaba un poco apartado y tal vez entonces volvía de la puerta al fuego, donde estaban los otros, dijo a los que allí estaban:

«—También este estaba con Jesús Nazareno.

»Y él segunda vez negó con juramento: Que no conozco a ese hombre.

»Mas otro mirándole dijo: Tú también eres de ellos.

»Y dijo Pedro: Hombre, no soy».

Y para más disimular sin duda, y afectando seguridad se puso al fuego y se calentaba con los demás arrimado a él. Entonces, pues, todos, como deseando saber en resolución si era o no discípulo del Nazareno le dijeron:

«—¿Eres tú de sus discípulos?»

«Negó Pedro y dijo: No soy».

Con esto, sea que le creyesen, sea que lo dudasen dieron por terminado el lance y le dejaron en paz. Siguió el juicio de Jesús adentro, y siguieron las conversaciones de brasero afuera, en las cuales Pedro, comprometido por las discusiones anteriores, empeñado en disimular sus relaciones con su Maestro, debió hablar lo bastante para dar a entender que era Galileo, por el acento que tienen los galileos, muy distinto del de los Judíos.

Y así pasó cosa de una hora.

#### 264. TERCERA NEGACIÓN DE PEDRO

(J. 18,26; L. 22, 59-62; Mc. 14, 70-72; Mt. 26, 73-75)

Pasada esta hora, cortando de repente la conversación uno de ellos, y refiriéndose a los pasados incidentes, dijo:

«—Verdaderamente, también éste estaba con aquél; porque es Galileo».

Terrible y cada vez más angustiada era la situación de Pedro. Difícil era responder nada, con la turbación que le tenía cogido. Y así dijo lo que otras veces:

«—Hombre, no sé qué hablas».

Naturalmente la curiosidad iba aumentando cada vez más. ¿Sería por fin o no sería aquel hombre discípulo del Nazareno? Si lo era ¿para qué estaba allí? ¿era espía? ¿esperaba alguna ocasión favorable? ¿tendrían los ministros y guardias que temer algún enredo? Preciso era estar alerta, salir de la duda, acabar de una vez con la cuestión. Los que por allí estaban esparcidos, en grupos, o paseando por el patio, se acercaron, y fijándose más en Pedro y en el acento con que hablaba, galileo puro, y que era imposible

disimular, y mucho más estando azorado como lo estaba el acosado discípulo, le dijeron:

«—Sí, tu eres de ellos. Porque hasta tu modo de hablar te delata».

Para mayor desgracia de Pedro, estaba allí un criado del Pontífice, pariente de aquel mismo Malco a quien Pedro había cortado la oreja, el cual adelantándose y encarándose con él le dijo:

«—¿Acaso no te ví yo mismo en el huerto con él?»

Pedro estaba cogido, no tenía escape, puesto en medio de todo el grupo que tenía fijos en él con terrible afán sus miradas escrutadoras, no sabía a dónde volverse, y hubiera deseado hundirse en el suelo, para librarse de aquel corro que le hostigaba y acosaba, y casi le iba a echar las manos para llevarle al tribunal donde estaba su Maestro. Comenzó, pues, a negar de nuevo, y a jurar y perjurar, y decir una vez y otra:

«—Que no conozco a ese hombre que decís!».

»Y al punto, cuando aún él estaba hablando, cantó segunda vez el gallo».

No hubiera salido Pedro según creo de aquellas manos, ni hubiera convencido a sus enemigos de lo que aseguraba, si no hubiera velado la providencia de su Maestro, que quería salvar a su discípulo. Mientras esto juraba y aseguraba Pedro, de la sala del juicio se oyó el ruido de gente que venía, y se volvieron allá, a una escena que excitaba más poderosamente su atención, las miradas de todos.

Traído por los ministros venía Jesús llevado a la prisión. Todos dejando la discusión cortada se agolparon al paso a ver al Nazareno y entender el resultado del proceso. Entre todos, como dijimos, estaba Pedro. Su cabeza asomaba curiosa y tanto más perturbada en su miraba cuanto que su corazón estaba sumamente agitado por el apuro reciente.

Pasó Jesús, y al pasar junto a Pedro volvió un poco la cabeza y le miró...

No le habló, no le podía hablar. Le hubiera comprometido del todo. Pero aquella mirada ¡cuántas cosas le dijo! cuántas cosas le recordó!... «Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres».

Pedro bajó los ojos compungido, humillado, arrepentido.

Y aprovechándose de la distracción de la gente escabullóse como pudo y salió fuera. El gallo seguía cantando. El noble y honrado pescador, el más amante de los apóstoles de Cristo, rompió a llorar.

*Flevit amare.* Lloró amargamente...

Y es tradición muy antigua que nunca después oía el Apóstol el canto del gallo que no se echase a llorar recordando su pecado. Tanto que de las lágrimas que derramaba se habían formado dos surcos en sus mejillas!

¡Oh misteriosa debilidad la del hombre! el apóstol que se había distinguido en la confesión de Cristo, por la que mereció las llaves del reino del cielo, fué precisamente quien más renegó de ese mismo Cristo!

¡Dichoso es quien nunca se avergüenza de ser Cristiano!

Y si alguna vez por temor al mundo nos avergozamos, ¡dichosos si en medio de nuestras flaquezas nos mira Cristo y nos atrae a su confesión, y despierta nuestras lágrimas!

San Pedro debía tener presente lo que le aconteció en este día cuando escribió en su primera carta (4, 13.14. 15.16) «A medida que participáis de los padecimientos de Cristo, alegraos, para que también en el descubrimiento de su gloria os regocijéis alborozados. Si por el nombre de Cristo os baldonan, dichosos vosotros: porque en vosotros reposa lo que hay de gloria y de virtud en Dios, y su Espíritu.

»Que nadie de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o defraudador de lo ajeno. Pero si padece como cristiano, no se avergüence, antes glorifique a Dios con este nombre».

¡Oh! ¡qué olvidada tenemos esta sentencial y cómo renegamos muchas veces de Cristo en nuestra vida!

#### 265. NUEVO JUICIO DE JESÚS

(J. 18, 28; L. 22, 66-71; 23, 1; Mc. 15, 1; Mt. 27, 1.2.)

Quando Pedro le negó por tercera vez y salió a llorar, era el segundo canto del gallo, es a saber como cosa de las tres de la mañana. El primer canto suele ser hacia las once o doce. Jesús fué llevado a la prisión, donde pasó la noche entre baldones y golpes de la servidumbre, y los sanedritas fueron a descansar un rato, quedando todos

ellos citados para la mañanita, pues pensaban darse toda la prisa posible para acabar el viernes, antes del sábado todo el expediente, y coronar sus deseos con la muerte de su enemigo.

Así que «a la mañanita, en cuanto amaneció el día se reunieron el senado de la plebe y los príncipes de los sacerdotes y los escribas con todo el Consejo, a fin de formar el proceso contra Jesús para entregarle a la muerte».

Todo lo habían ya preparado en el procesillo de media noche. Únicamente restaba formalizarlo. Tal vez en la reunión primera, como indicábamos, no estaban presentes todos los sanedritas, sino la pandilla de todos los amigos de Caifás, y enemigos de Jesucristo, que quisieron apañar el asunto para después, en la reunión general y en forma, saber encauzar la vista por el camino seguro que diese en sus propósitos.

Mas a la mañanita estaban todos. Colocados en sus puestos, en la misma casa de Caifás, en la gran sala donde se había tenido el juicio a media noche, esperaban al reo, que se presentó muy pronto traído por los alguaciles, y quedó en medio de aquel gran tribunal de setenta jueces, que clavaron en él sus ojos apenas se presentó en el centro de todos.

Quitáronle los alguaciles las ataduras, y comenzó el juicio.

Preparado ya de antes, y resuelto en lo que había de hacer, no se ocupó el Presidente en buscar, como a media noche, testigos contra el Salvador, ni en sacarle culpas ni crímenes. Fuese derecho al punto principal, y él con sus amigos, ya preparados para lo mismo, le preguntaron:

«—Si tú eres Cristo, dínoslo».

Estaban bien seguros, conociendo el carácter de Jesús, de que respondería que sí, como había respondido a media noche. Con mucha majestad les respondió Jesús lo que bastaba no solo para decirles que sí, que era el Mesías, sino para asegurarles que esto era cierto. Y como la pregunta la parecían hacer en tono de buscar sinceramente la verdad, quisoles él dar a entender que penetraba sus falsos corazones y que entendía la farsa que estaban haciendo, y la hipocresía de aquel acento de sinceridad y rectitud, sien-

do así que traían ya resuelta la sentencia, dijese él lo que dijese. Y les dijo:

«—Si os digo que sí, no me creeréis a mí. Y si yo os arguyo no me podréis responder, pero no me soltaréis. Mas después de esto el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios».

Como si su respuesta fuese impertinente, y nada les importase a ellos toda ella, le instaron impacientes a una voz:

«—Luego tú eres el Hijo de Dios?»

»Respondió él:

»—Lo que decís; lo soy.

»Y dijeron ellos:

»—Ya ¿qué necesidad tenemos de testimonios? Nosotros mismos los hemos oído de sus labios.

»Y levantándose toda la reunión de ellos, ataron a Jesús, y lo llevaron de casa de Caifás al Pretorio».

Todo lo hicieron a prisa, de fórmula, según lo prejuizado desde antes, y como temerosos de que si se detenían, si daban lugar a exámenes y dudas no podrían lograr la sentencia. Porque no todos estaban conformes con ella. Por lo menos José de Arimatea no asintió a aquella sentencia. Y si estuvo allí Nicodemus, tampoco asentiría de seguro. Ni probablemente el íntegro Gamaliel hubiera dejado pasar el asunto si se hubiese discutido. Pero el arrastre de los Caifás, la conspiración de los saduceos y fariseos enemistados con Cristo, y entonces unidos entre sí, a pesar de sus ordinarias diferencias, no permitió siquiera discusiones, y los que otra cosa hubieran votado, parte por falta de resolución, parte por ver inútil toda oposición, si no asintieron, tampoco se opusieron al torrente de los enemigos de Cristo.

## 266. LA DESESPERACIÓN DE JUDAS

(Mt. 27, 3-10)

Cuando iban a Pilatos llevando al reo, entre los que se agolpaban al paso a ver al Nazareno preso y conducido al Pretorio Romano, se acercó un hombre a los príncipes de los sacerdotes, llevando en su rostro las marcas de un horrible pesar y remordimiento, y en sus manos treinta monedas. Era Judas que venía a devolver el precio de su traición

ción a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, y decía:

«—Yo he pecado vendiendo sangre inocente».

Acaso el infeliz deseando deshacer su crimen, esperaba convencerlos. Yo os dije, decía, que era malo. Pero, no, es inocente; y yo he pecado entregando como culpable a un justo.

Sorprendidos quedaron sin duda los sacerdotes de aquella inesperada detención y salida. Mas como si nada tuviesen ellos que ver con lo que Judas había hecho, le dijeron:

«—Y eso ¿qué nos importa a nosotros? Allá tú te las arregles».

Y prosiguieron sin hacerle caso.

Infeliz traidor! Después de entregada su presa y vendido su maestro, caminó como dijimos con los alguaciles y soldados a Jerusalén. Cobró su dinero. Bien poco para tan enorme crimen. Y como sucede que una vez obtenido el capricho que anhelábamos a precio de nuestra conciencia, esta comienza a gritar, empezaron los remordimientos de Judas. ¿Vió lo que hacían a su Maestro? ¿estuvo en el palacio de Caifás aquella noche? ¿supo allí que había sido condenado a muerte? Lo más probable es que no. Que se retiró después de hecho su cobro.

Mas a la mañana, después de la horrible noche que le haría pasar el recuerdo de aquel beso que quemaba, y de aquella palabra del Maestro: «Amigo, ¿a qué has venido? ¿con un beso me entregas?» salió al oír el tropel y vocerío con que llevaban a Jesús al Pretorio. Y al saber que había sido condenado a muerte se abrieron completamente los negros ojos de su conciencia, y comprendió todo el alcance de su traición. Cogió los dineros, y loco e insensato, creyó que podría deshacer lo hecho, y por lo menos librarse de su culpa si devolvía aquel infame dinero que le abrasaba las entrañas.

Y con este frenesí se presentó a los sacerdotes. Desechado de éstos, sin saber cómo devolver su dinero, fuese al templo, arrojó allí las sacrílegas monedas, y loco, fuera de sí salió a vagar errante, mucho más atormentado que Caín cuando mató a su hermano.

Entretanto los sacerdotes después de la muerte del Se-

ñor recogieron aquel dinero, y los que no habían tenido escrúpulo en beberse la sangre de Jesús, le tuvieron en mezclar aquellos dineros con el tesoro del templo. Era precio de sangre, y estaba prohibido juntar con el dinero del templo el que proviniese de cualquier acción criminal o indecorosa. Por ello, después de pensado, compraron un campillo perteneciente a un alfarero, colocado al sur de Jerusalén, y lo destinaron para sepultura de los peregrinos que en la ciudad muriesen y no tuviesen enterramiento. Por lo cual llamáronle aún mucho tiempo después, *Campo de sangre*, *Haceldama*.

Por haberse adquirido este campo con el dinero de Judas, dice oratoriamente San Pedro en los Actos de los Apóstoles que lo adquirió el mismo Judas.

Este no sabemos si vivió aún algunos días después de la muerte de Jesús. Parece más seguro que sí. En ese caso terrible debió ser su dolor, y espantoso su remordimiento, sobre todo cuando conoció la muerte, y supo la resurrección de su Maestro, y cada vez que oía o veía a alguno de sus antiguos compañeros.

Su existencia era insoportable. Por fin, sin poder resistir el tormento de su conciencia, un día fué, cogió un lazo, entróse en el mismo campo que con su dinero se había comprado, colgó el lazo de un árbol, y del lazo se colgó él, con tan mala suerte que rota la cuerda cayó en tierra, dió con su faz y pecho en el suelo, se reventó, y quedó cadáver con todas sus entrañas desparramadas por el suelo.

Maldecida quedó la tierra de aquel campo comprado a precio de sangre, y la que ya por esto se llamó *Haceldama*, campo de sangre, después por haber en ella muerto y reventado el condenado apóstol, confirmóse en este tristísimo nombre de horror.

Insensato fué y muy poco había aprendido Judas en la escuela de Cristo. Si hubiese atendido, más que a robar, a seguir las doctrinas del Maestro, hubiera conocido la misericordia que atesoraba aquel Corazón buenísimo de Jesús, capaz de perdonarle a él mismo.

Si Judas hubiera acudido a Jesús, Jesús le hubiera recibido con un beso bien distinto del que él le había dado en el Huerto. Con el beso de su infinita caridad.

Porque no confió, ni al fin, en Jesucristo, por eso se condenó.

## 267. PILATOS

Apenas había amanecido cuando ya todos los sanedritas caminaban por la calle hacia el palacio de Pilatos. Delante de todos iba Jesús atado y custodiado, conducido por los alguaciles, mientras ellos ufanos y animosos conversaban discutiendo lo que a Pilatos habían de decirle para vencerle de lo que ellos pretendían y lograr la crucifixión de Jesucristo.

Era Poncio Pilatos procurador de Judea, y con este título gobernaba toda la región de Palestina, dependiente en derecho del propretor de Siria, mas no por eso menos árbitro y dueño de su región, que si no dependiese del propretor.

Residía de ordinario en Cesarea, a la orilla del mar, habitando un real palacio de Herodes el Grande. Por fiestas y en cualquier tiempo en que se reuniese mucha gente, o pudiese temerse algún alboroto en Jerusalén, se trasladaba a la capital, y habitaba más de ordinario el Palacio de los Mármoles, también de Herodes el Grande, y otras veces la Torre Antonia, que estaba unida al templo, y desde la cual con la guarnición que allí tenía, más fácilmente podía dominar cualquier revuelta, como desde ciudadela bien fuerte y amenazadora. La tradición más parece creer que en tiempo de la pasión, Pilatos moraba en la Torre Antonia; la mayor parte de los doctos, sin embargo, creen más probable, por varias conjeturas, que debió habitar entonces en el palacio de Herodes.

Ambas moradas eran regias, fuertes y magníficas. Sobre todo las del palacio de Herodes estaban adornadas de mármoles, de oro, de columnatas y estatuas, de fuentes y jardines, de flores y vegetación. La misma Torre Antonia era una ciudadela, una pequeña villa, capaz de dar descanso y placer dentro a sus habitantes. La habían construido los Asmoneos, mas Herodes después la había renovado, como renovó el templo, y adornado con la suntuosidad en él acostumbrada, para dedicarla, como lo indica su nombre, a Marco Antonio.



Estaba la torre adosada al templo, y tenía sus habitaciones elevadas, y ante sí, según se puede deducir por conjeturas, un atrio al aire libre de buenas proporciones, rodeado de pórticos, empedrado de losetas o cantos rojos, y comunicado con las galerías de la fortaleza adjunta por una o dos escaleras de mármol. Una de ellas es la *Escala Santa*, que hoy se conserva en Roma, en San Juan de Letrán, alta, de veintiocho gradas de mármol blanco, anchas, de más de tres metros las ocho primeras, y de dos y medio las otras veinte. Hoy los fieles en Roma las suben de rodillas en reverencia de haber subido y bajado Jesucristo por ellas. Este sitio, en el cual estaba una tribuna móvil llamada *bema*, era el *Litostrotos* o el *Gábbata* de que nos habla el Evangelio con los dos nombres. *Litostrotos*, es decir, *empedrado*, le llamaban en griego, por ser su pavimento de piedra, *Gábbata*, es decir, *altura*, le llamaban en hebreo por estar algo elevado.

Allí habitaba el Procurador Poncio Pilatos. Su nombre Poncio indica la familia Poncia a que pertenecía, no muy noble probablemente, como quiera que el cargo de procurador, que tenía, solo lo ejercían por aquel tiempo libertos, o, cuando más, caballeros del orden ecuestre, de ninguna manera patricios. Pilatos sería el sobrenombre alusivo a algún suceso suyo o de su familia, que dijese relación al dardo, *pila* en latín, de donde estaba sacado.

Si es verdad, como lo dice el Evangelio apócrifo de Nicodemos, que su mujer se llamaba Claudia Procla, pudiera ser que por ella estuviese emparentado con patricios de la familia Claudia, si ya ella también no era otra mujer de origen liberto, de alguna familia manumitida por los Claudios, la cual le prestó su nombre al dar libertad a su familia.

Ejerció su cargo desde el año 26 de Jesucristo hasta el 37, gobernando siempre su provincia según su carácter. La cualidad en él más notable era la debilidad. Odiaba al pueblo judío, y lo miraba más bien como a rebaño que tenía que cuidar y esquilar, que como a pueblo que tenía que gobernar. Y como débil se valió en muchas ocasiones más de la violencia y de la audacia que confía en las armas, que de la prudencia y el talento.

Esta debilidad que unas veces, cuando se desataba, le hacía precipitarse demasiado, y otras cuando se contenía, no decidirse a nada, según encontrase delante adversarios fuertes o tímidos, le hizo cometer no pocos desaciertos en su gobierno, y comprometer a veces su autoridad, como le sucedió el principio de su procura. Quiso entonces obligar a los judíos a que dejaran circular al descubierto por Jerusalén las águilas e insignias militares, que por conceptuarlas los judíos como ídolos, por respeto a su religión solían enfundarse mientras circulaban por Palestina. Pero al punto se encontró con que una comisión de muchísimos personajes se le metía en su palacio de Cesarea para reclamar contra sus disposiciones. Amenazóles él con la muerte si no se retiraban, creyéndolos aterrar de este modo. Mas viendo que ellos sin atemorizarse persistían resueltos a morir antes que ceder, retiró su palabra y retractó su orden. Conforme a este hecho fué todo su gobierno, mezcla y variación sucesiva de audacias y debilidades.

Este era el hombre a cuyas manos venía ya la causa de Jesucristo. Los sanedritas que se la entregaban sabían bien sin duda, que podían contar con la complacencia final de Pilatos.

#### 268. LA ACUSACIÓN ANTE PILATOS

(J. 18, 28-38; L. 23, 2-7; Mc. 15, 2-5; Mt. 27, 11-14)

Llegaron al palacio de Herodes según creemos como de siete a ocho. Iba ya de seguro, tras ellos no poca turba de curiosos, de los que enterados de los sucesos de la noche anterior acudían ansiosos de ver el sesgo que tomaba aquel tan difícil y curioso negocio.

Y aunque madrugaron mucho los jueces, por la prisa que tenían, y el deseo de acabar con su enemigo por sorpresa y aquel mismo día, antes de que el pueblo pudiese impedirlo y aun darse cuenta suficiente de ello, no por eso cogieron desprevenido a Pilatos, que ya por los soldados de la cohorte había recibido cuenta de lo que en la prisión del huerto había acontecido.

Llegados a los arcos que daban entrada en el pretorio, mandaron delante al preso, y junto un recado diciendo que ellos estaban fuera, que no entraban por no contaminarse